

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, CONTRA LA MENTIRA, A CONSENTIO, LIBRO ÚNICO. (C)

San Agustín responde a los escritos que Consencio le envió para su consideración, sobre el uso de la mentira para descubrir a los priscilianistas ocultos que se hacen pasar por católicos. Enseña que no se debe buscar a los mentirosos con mentiras, ni a los blasfemos con blasfemias. Refuta el error de los priscilianistas, especialmente en el libro de Dictinio, titulado "Libra", donde dogmatizan que "los religiosos deben mentir para ocultar su religión". Argumenta que los testimonios y ejemplos que presentan de los Libros Divinos para defender este error, en parte no son mentiras, y en parte, aunque lo sean, no deben ser imitados. Resuelve la dificultad sobre los pecados compensativos, desaprobando también la mentira que parece útil y necesaria para proteger la salvación temporal o eterna de alguien. Finalmente, ordena a Consencio que nunca se debe mentir, especialmente en asuntos relacionados con la doctrina de la religión, y que debe defender esto firmemente contra los herejes.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los que abusan de las mentiras para ocultarse no deben ser descubiertos con nuestras mentiras. Me enviaste muchos escritos para leer, querido hermano Consencio, me enviaste muchos escritos para leer: mientras preparaba las respuestas, y siendo distraído por otras ocupaciones más urgentes, pasó un año, y me vi en la necesidad de responder de alguna manera, para no retener más tiempo al portador que deseaba regresar con la temporada de navegación ya favorable. Así que, habiendo leído y considerado con la mayor atención posible todo lo que el siervo de Dios Leonas me trajo de ti, tanto cuando lo recibí como después cuando quise dictar esto, me deleité mucho con tu elocuencia, la memoria de las Sagradas Escrituras, la agudeza de ingenio, el dolor con el que reprendes a los católicos negligentes, y el celo con el que te enfureces contra los herejes ocultos. Pero no me convence que deban ser descubiertos de sus escondites con nuestras mentiras. ¿Por qué nos esforzamos tanto en buscarlos e investigarlos, sino para, una vez capturados y expuestos, enseñarles la verdad o al menos, al ser convencidos por la verdad, no permitirles dañar a otros? Esto es para que su mentira sea eliminada o evitada, y la verdad de Dios aumente. ¿Cómo, entonces, podré perseguir correctamente las mentiras con mentiras? ¿Acaso se deben perseguir los robos con robos, los sacrilegios con sacrilegios, y los adulterios con adulterios? Si la verdad de Dios abunda en mi mentira, ¿acaso diremos también, "Hagamos el mal para que venga el bien" (Rom. III, 7 y 8)? Lo cual ves cómo lo detesta el Apóstol. ¿Qué es otra cosa que decir, "Mintamos para llevar a los herejes mentirosos a la verdad", sino "Hagamos el mal para que venga el bien"? ¿O acaso alguna vez es buena la mentira, o alguna vez la mentira no es mala? ¿Por qué, entonces, está escrito, "Odias, Señor, a todos los que obran iniquidad; destruirás a todos los que hablan mentira" (Sal. V, 7)? No exceptuó a nadie, ni dijo indefinidamente, "Destruirás a los que hablan mentira", para que se entendiera que algunos, no todos, serían destruidos: sino que pronunció una sentencia universal, diciendo, "Destruirás a todos los que hablan mentira". ¿O porque no se dijo, "Destruirás a todos los que hablan toda mentira", o "que hablan cualquier mentira", se debe pensar que hay lugar para alguna mentira: de modo que haya alguna mentira que, al ser dicha, no haga que Dios los destruya; sino que destruya a todos los que hablan una mentira injusta, no cualquier mentira, porque se encuentra también una justa, que ciertamente debe ser de alabanza, no de crimen?

CAPÍTULO II.

2. El error de los priscilianistas sobre el uso de la mentira para ocultarse de los extraños. Esta sentencia de los priscilianistas elimina por completo los martirios. ¿No ves cuánto ayuda esta discusión a aquellos mismos a quienes intentamos capturar con nuestras mentiras como una gran caza? Porque esta es la sentencia de los priscilianistas, como tú mismo has mostrado, para cuya aprobación utilizan testimonios de las Escrituras, exhortando a los suyos a mentir con ejemplos de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Ángeles; no dudando en añadir incluso al mismo Señor Cristo, y no creyendo que pueden mostrar la falsedad de su verdad, a menos que digan que la Verdad es mentirosa. Estas cosas deben ser refutadas, no imitadas: y no debemos ser partícipes de los priscilianistas en ese mal, en el que se demuestra que son peores que los demás herejes. Porque ellos solos, o al menos principalmente ellos, se encuentran dogmatizando la mentira para ocultar su verdad, que creen verdadera: y consideran que este gran mal es justo porque dicen que lo que es verdadero debe ser retenido en el corazón; pero que no es pecado pronunciar falsedad a los extraños; y que esto está escrito, "El que habla verdad en su corazón" (Sal. XIV, 3): como si esto fuera suficiente para la justicia, aunque alguien hable mentira con su boca, cuando no es el prójimo, sino un extraño quien lo escucha. Por eso piensan que también el apóstol Pablo, cuando dijo, "Deponiendo la mentira, hablad verdad", añadió inmediatamente, "cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros" (Efes. IV, 25). Para que, evidentemente, con aquellos que no son nuestros prójimos en la sociedad de la verdad, ni, por así decirlo, nuestros co-miembros, sea lícito y necesario hablar mentira.

3. Esta sentencia deshonra a los santos mártires, o más bien elimina por completo los santos martirios. Porque, según ellos, habrían actuado más justamente y sabiamente si no se hubieran confesado cristianos ante sus perseguidores, ni los hubieran hecho homicidas con su confesión: sino que, más bien, mintiendo y negando lo que eran, habrían mantenido a salvo tanto el bienestar de su carne como el propósito de su corazón, y no habrían permitido que aquellos llevaran a cabo el crimen concebido en su mente. Porque no eran sus prójimos en la fe cristiana, para que debieran hablarles la verdad con su boca, que hablaban en su corazón; sino que eran además enemigos de la misma verdad. Porque si Jehú, a quien parecen mirar entre otros como ejemplo de mentir prudentemente, mintió diciendo que era siervo de Baal para matar a sus siervos: cuánto más justamente, según la perversidad de estos, en tiempo de persecución, los siervos de Cristo se mentirían diciendo que eran siervos de los demonios, para que los siervos de los demonios no mataran a los siervos de Cristo; y sacrificarían a los ídolos para no ser asesinados, si aquel sacrificó a Baal para matar hombres. ¿Qué les perjudicaría, según la excelente doctrina de los mentirosos, si fingieran el culto al diablo en el cuerpo, cuando el culto a Dios se mantenía en el corazón? Pero los mártires verdaderos, los mártires santos, no entendieron así al Apóstol. Vieron y mantuvieron lo que está escrito, "Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación" (Rom. X, 10); y, "En su boca no se halló mentira" (Apoc. XIV, 5): y así se fueron irrepreensibles, donde ya no temerán ser tentados por mentirosos; porque ya no tendrán mentirosos en sus celestiales asambleas, ni extraños ni prójimos. No imitarían a aquel Jehú, que buscaba a los impíos y sacrílegos para matarlos con una mentira impía y un sacrificio sacrílego, ni siquiera si la misma Escritura hubiera callado sobre cómo fue. Pero como está escrito que no tenía un corazón recto con Dios; ¿de qué le sirvió que, por alguna obediencia, que mostró por su propia codicia de dominio al destruir por completo la casa de Acab, recibió alguna recompensa transitoria de un reino temporal (IV Reg. X)? Te exhorto, hermano, a que defiendas la sentencia verídica de los mártires, para que seas un defensor de la verdad contra los mentirosos, no un maestro de la mentira. Porque, te ruego, presta atención diligente a lo que digo, para que veas cuán peligroso es lo que se considera que debe enseñarse con un celo

loable contra los impíos, para que puedan ser capturados y corregidos o evitados, pero sin precaución.

CAPÍTULO III.

4. La mentira de los católicos para capturar herejes sería más perniciosa que la de los herejes para ocultarse de los católicos. Se demuestra con un ejemplo. Querer capturar priscilianistas con mentira es corromperse con ellos. Hay muchos tipos de mentiras, que debemos odiar universalmente. Porque no hay mentira que no sea contraria a la verdad. Así como la luz y las tinieblas, la piedad y la impiedad, la justicia y la iniquidad, el pecado y la rectitud, la salud y la debilidad, la vida y la muerte; así son contrarias entre sí la verdad y la mentira. Por lo tanto, cuanto más amamos la verdad, tanto más debemos odiar la mentira. Sin embargo, hay algunas mentiras que no perjudican a quien las cree: aunque incluso ese tipo de mentira, querer engañar con ella, es perjudicial para el mentiroso, no para el creyente. Como si aquel hermano siervo de Dios, Fronto, en lo que te indicó, Dios no lo quiera, mintiera en algo; ciertamente se perjudicaría a sí mismo, no a ti, aunque tú creyeras todo lo que te narró sin iniquidad. Porque ya sea que esas cosas hayan sucedido así o no, no tienen nada que, si alguien cree que sucedieron así, aunque no haya sido así, se juzgue culpable contra la regla de la verdad y la doctrina de la salvación eterna. Pero si alguien miente sobre algo que, si alguien lo cree, será hereje contra la doctrina de Cristo; tanto más nocivo es el mentiroso, cuanto más miserable es el creyente. Considera, entonces, qué significa si mentimos contra la doctrina de Cristo, lo que, si alguien lo cree, perecerá, para capturar a sus enemigos, a quienes, mientras nos alejamos de ella, queremos llevar a la verdad; o más bien, cuando capturamos a los mentirosos mintiendo, enseñamos mentiras peores. Porque dicen una cosa cuando mienten, y otra cuando se equivocan. Porque cuando enseñan su herejía, dicen lo que se equivocan: pero cuando dicen que sienten lo que no sienten, o que no sienten lo que sienten, dicen lo que mienten. Quien les cree en esto, aunque no los descubra, no perezca. Porque no se aparta de la regla católica quien cree que un hereje que profesa dogmas católicos es católico: y por lo tanto no le es perjudicial: porque no se engaña en la fe de Dios que debe guardar, sino en la mente del hombre sobre la cual no puede juzgar. Pero cuando enseñan su herejía, quien les cree pensando que es la verdad, será partícipe, tanto del error como de la condenación de ellos. Así sucede que cuando ellos cuentan sus nefastos dogmas, en los que se equivocan con un error mortal, entonces quien les cree, perezca: pero cuando nosotros predicamos los dogmas católicos, en los que mantenemos la fe recta, entonces si alguien cree, se encontrará quien había perecido. Pero cuando, siendo priscilianistas, para no revelar su veneno, fingen ser de los nuestros; quien de los nuestros les cree, incluso estando ocultos, él mismo permanece católico: pero nosotros, para llegar a su investigación, si fingimos ser priscilianistas; porque vamos a alabar sus dogmas como si fueran nuestros, quien los crea, o se confirmará entre ellos, o se transferirá a ellos al menos por un tiempo: pero lo que la hora venidera traerá, si después serán liberados por nosotros que decimos la verdad, quienes fueron engañados por nosotros que mentimos; y si querrán escuchar al que enseña, a quien han experimentado mintiendo, ¿quién lo sabe con certeza? ¿quién ignora que esto es incierto? De lo cual se deduce que es más pernicioso, o para hablar más suavemente, más peligroso que los católicos mientan para capturar herejes, que los herejes mientan para ocultarse de los católicos. Porque quien cree a los católicos que mienten para tentar, o se convierte en hereje, o se confirma como tal: pero quien cree a los herejes que mienten para ocultarse, no deja de ser católico. Para que esto sea más claro, pongamos algún ejemplo, y de esos escritos principalmente que me enviaste para leer.

5. He aquí, pongamos ante nuestros ojos a un astuto explorador acercándose a alguien que sospecha que es priscilianista; y alabar falsamente la vida de Dictinio, obispo conocido, o la

fama de uno desconocido: esto es aún más tolerable, porque se cree que fue católico y corregido de ese error. Luego, Prisciliano (esto sigue en el arte de mentir) será mencionado venerablemente, un hombre impío y detestable, condenado por sus nefarios crímenes y delitos. En esta venerable mención de él, si acaso aquel a quien se tienden tales redes no era un priscilianista firme, con esta predicación se afirmará. Pero cuando el discurso del explorador avance, diciendo que se compadece de aquellos a quienes el autor de las tinieblas ha envuelto en tan grandes tinieblas de error, que no reconocen el honor de su alma y la claridad de su linaje divino; luego, al exaltar con tales alabanzas el libro de Dictinio, cuyo nombre es "Libra", porque al tratar doce cuestiones o ganchos se explica, testificará que tal "Libra", en la que se contienen horribles blasfemias, es más preciosa que muchos miles de libras de oro: ciertamente esta astucia del mentiroso mata el alma del creyente, o ya muerta la sumerge y hunde en la misma muerte. Pero, dirás, después será liberado. ¿Qué si no sucede, ya sea por algún impedimento que intervenga para que no se complete lo comenzado, o por la obstinación de la mente herética que nuevamente niega lo que ya había comenzado a confesar? especialmente porque si descubre que fue tentado por un extraño, con más audacia ocultará lo que siente, al haber aprendido mucho más seguramente que esto se puede hacer sin culpa, incluso con el ejemplo de su propio tentador. Porque, ¿cómo podremos culpar y condenar en un hombre lo que enseñamos, si él cree que la verdad debe ser ocultada mintiendo?

6. Por lo tanto, queda que lo que los priscilianistas sienten según la nefaria falsedad de su herejía, sobre Dios, el alma, el cuerpo, y las demás cosas, no dudemos en condenarlo con verdadera piedad; pero lo que sienten, que la verdad debe ser ocultada mintiendo, sea para nosotros, y para ellos, Dios no lo quiera, un dogma común. Este es un mal tan grande que, incluso si nuestro intento de capturarlos y cambiarlos mediante la mentira prospera tanto que los capturamos y cambiamos, no se compensan con ningún beneficio estas pérdidas, en las que nos corrompemos con ellos por su corrección. Porque por esta mentira seremos de esa parte perversos, y ellos semicorregidos: ya que no corregimos en ellos esto, que creen que se debe mentir por la verdad; porque nosotros mismos lo aprendimos y enseñamos, y ordenamos que se haga para poder llegar a corregirlos. Sin embargo, no los corregimos, porque no les quitamos el error de que la verdad debe ser ocultada, sino que nosotros mismos nos corrompemos cuando buscamos tal error en ellos: y no encontramos cómo creerles cuando se convierten, a quienes mentimos cuando eran perversos; no sea que lo que sufrieron para ser capturados, hagan capturados; no solo porque lo han hecho habitualmente, sino porque también lo encuentran en nosotros, a quienes vienen.

CAPÍTULO IV.

7. Al que miente en una cosa, no se le tiene fe en otras. Y lo que es más miserable, incluso ellos, ya casi convertidos en nuestros, no pueden encontrar cómo creer en nosotros. Porque si sospechan que incluso esos dogmas católicos los decimos mentirosamente para ocultar algo que creemos verdadero; ciertamente a quien sospecha tal cosa le dirás, "Eso lo hice entonces para capturarte": pero ¿qué responderás al que diga, "Entonces, ¿cómo sé si también ahora lo haces para no ser capturado por mí?" ¿O acaso se puede persuadir a alguien de que un hombre no miente para no ser capturado, quien miente para capturar? ¿Ves a dónde lleva este mal? para que no solo nosotros a ellos, y ellos a nosotros, sino que todo hermano a todo hermano no sin razón parezca sospechoso. Y así, mientras se tiende la mentira para enseñar la fe, se logra más bien que no se tenga fe en nadie. Porque si hablamos contra Dios cuando mentimos, ¿qué mal tan grande se podrá encontrar en alguna mentira, que debamos evitar como el más criminal de todos modos?

CAPÍTULO V.

8. Es más tolerable que un priscilianista mienta ocultando su herejía, que un católico ocultando la verdad. Los católicos, si se mienten a sí mismos siendo priscilianistas, hacen peor que los priscilianistas que se mienten a sí mismos siendo católicos. Pero ahora observa cuán más tolerable es que los priscilianistas mientan en comparación con nosotros, cuando saben que hablan falsamente, a quienes con nuestra mentira creemos liberar de las falsedades en las que se equivocan errando. El priscilianista dice que el alma es parte de Dios, y de la misma naturaleza y sustancia que Él. Esta es una gran y detestable blasfemia. Porque sigue que la naturaleza de Dios es capturada, engañada, confundida, turbada y deshonrada, condenada y atormentada. Pero si esto también lo dice aquel que desea liberar al hombre de tan gran mal mediante la mentira, veamos qué diferencia hay entre ambos blasfemos. Mucha, dices: porque el priscilianista lo dice creyéndolo así; pero el católico no creyéndolo así, aunque lo diga. Aquel, entonces, blasfema sin saberlo, pero este sabiéndolo: aquel contra el conocimiento, este contra la conciencia: aquel tiene ceguera al sentir falsamente, pero al menos en eso tiene la voluntad de decir la verdad; este, oculto, ve la verdad, y queriendo dice falsedades. Pero aquel, dices, lo enseña para hacer partícipes de su error y furia: pero este lo dice para liberar a los hombres de ese error y furia. Ya he mostrado arriba cuánto daña esto, que se cree que es útil: pero mientras tanto, si pesamos los males presentes en estos dos (porque los bienes futuros que el católico busca al corregir al hereje son inciertos), ¿quién peca más gravemente; si el que engaña al hombre sin saberlo, o el que blasfema a Dios sabiéndolo? Ciertamente, quien entiende qué es peor, prefiere a Dios sobre el hombre con piadosa solicitud. A esto se añade que si Dios debe ser blasfemado para llevar a los hombres a alabarlo; sin duda no solo los invitamos a alabar a Dios, sino también a blasfemar, con nuestro ejemplo y doctrina: porque a quienes intentamos llevar a las alabanzas de Dios mediante blasfemias de Dios, ciertamente si los llevamos, no solo aprenderán a alabar, sino también a blasfemar. Estos beneficios les conferimos a quienes liberamos de los herejes no ignorando, sino sabiendo blasfemar. Y cuando el Apóstol entregó a los hombres incluso a Satanás, para que aprendieran a no blasfemar (I Tim. I, 20): nosotros intentamos liberar a los hombres de Satanás, para que aprendan a blasfemar no por ignorancia, sino por conocimiento; y con nosotros mismos como sus maestros, traemos sobre nosotros mismos esta gran ruina, para que, por capturar herejes, primero nos convirtamos, lo que es seguro, en blasfemadores de Dios, para que podamos, por ellos, lo que es incierto, ser doctores de su verdad.

9. Por lo tanto, cuando enseñamos a los nuestros a blasfemar contra Dios para que los Priscilianistas creen que son de ellos, veamos qué mal dicen ellos mismos, cuando mienten para que creamos que son de los nuestros. Anathematizan a Prisciliano y lo detestan a nuestro juicio; dicen que el alma es una criatura de Dios, no una parte; execran los falsos martirios de los Priscilianistas; ensalzan con grandes alabanzas a los obispos católicos, por quienes esa herejía fue desnudada, combatida y derrotada, y otras cosas por el estilo. He aquí que ellos dicen la verdad cuando mienten, no porque esto mismo pueda ser verdad lo que es mentira; sino que en una cosa mienten, en otra dicen la verdad: pues cuando mienten diciendo que son de los nuestros, dicen la verdad sobre la fe católica. Así, ellos, para no ser descubiertos como Priscilianistas, hablan mentirosamente la verdad: pero nosotros, para descubrirlos, no solo hablamos mentirosamente para que se crea que pertenecemos a ellos; sino que también decimos falsedades que sabemos que pertenecen a su error. Por lo tanto, cuando ellos quieren ser considerados de los nuestros, lo que dicen es en parte falso y en parte verdadero; pues es falso que sean de los nuestros, pero es verdadero que el alma no es parte de Dios: en cambio, cuando nosotros queremos ser considerados de ellos, ambas cosas que decimos son falsas,

tanto que somos Priscilianistas como que el alma es parte de Dios. Así pues, ellos alaban a Dios, no blasfeman, cuando se ocultan; y cuando no se ocultan, sino que manifiestan lo suyo, no saben blasfemar. Por eso, si se convierten a la fe católica, se consuelan a sí mismos, porque pueden decir lo que el Apóstol, quien entre otras cosas dijo: "Primero fui blasfemo; alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia" (1 Tim. 1, 13). Nosotros, en cambio, para que se nos revelen, si presentamos esto como una mentira justa para engañarlos y capturarlos, ciertamente decimos que pertenecemos a los blasfemos Priscilianistas, y para que nos crean, blasfemamos sin excusa de ignorancia. Pues un católico que quiere ser creído hereje blasfemando, no puede decir: "Lo hice por ignorancia".

CAPÍTULO VI.

10. Negar a Cristo ante los hombres, incluso de manera mentirosa y fingida, nunca es lícito. Objeción. Respuesta. Se refutan también las posibles objeciones. Creer con el corazón no es suficiente, a menos que también con la boca no se niegue a Cristo. Cómo debe entenderse el Salmo 14, v. 3, donde se alaba al que habla la verdad en su corazón. También el Apóstol ordena que hablemos la verdad con nuestro prójimo. Tolerados los que predicán la verdad no con verdad, no los que anuncian falsedad. Siempre, hermano, en tales causas debe recordarse con temor: "Cualquiera que me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos" (Mat. 10, 33). ¿Acaso no niega a Cristo ante los hombres quien niega ante los Priscilianistas, para descubrir y capturar a los que se ocultan con una mentira blasfema? Pero, ¿quién duda, te lo ruego, que se niega a Cristo cuando se dice que no es como es verdadero, y se dice que es como lo cree el Priscilianista?

11. Pero dirás que no podemos descubrir de otra manera a los lobos ocultos, vestidos con pieles de oveja y devastando gravemente al rebaño del Señor en secreto. ¿De dónde, entonces, se dieron a conocer los Priscilianistas antes de que se ideara esta caza de mentiras? ¿De dónde se llegó al escondite del mismo autor de ellos, ciertamente más astuto y por eso más encubierto? ¿De dónde tantos y tan grandes fueron manifestados y condenados, y otros innumerables en parte corregidos, en parte como corregidos, y reunidos en la Iglesia misericordiosa? Pues el Señor da muchos caminos, cuando se apiada, para llegar a su investigación: de los cuales dos son más felices que otros; para que sean mostrados por aquellos a quienes quisieron seducir, o por aquellos a quienes ya habían seducido, al recapacitar y convertirse. Lo cual se hace más fácilmente si su nefario error es destruido no con captaciones mentirosas, sino con disputaciones veraces. A la redacción de las cuales debes dedicarte, ya que el Señor te ha dado la capacidad: estos escritos saludables, en los que se destruye su insana perversidad, cuando sean más y más conocidos, y difundidos por todas partes por católicos o por obispos que hablan al pueblo, o por cualquier estudioso lleno de celo por Dios; estos serán redes santas, con las que serán capturados verdaderamente, no buscados mentirosamente. Pues así capturados, o confesarán voluntariamente lo que fueron, y corregirán concordemente o denunciarán misericordiosamente a otros que conocen en su mala sociedad: o si les avergüenza confesar lo que tejieron con prolongada simulación, serán sanados por la mano oculta de Dios.

12. Pero dirás que penetramos mucho más fácilmente en sus escondites si mentimos diciendo que somos lo que ellos son. Si esto fuera lícito o conveniente, Cristo podría haber ordenado a sus ovejas que, vestidas con pieles de lobo, fueran a los lobos y los descubrieran con los engaños de este arte: lo cual no les dijo, ni siquiera cuando predijo que las enviaría en medio de lobos (Mat. 10, 16). Pero dirás: No era necesario buscarlos entonces, cuando eran lobos muy evidentes; sino soportar sus mordeduras y ferocidad. ¿Qué, cuando prediciendo tiempos posteriores, dijo que vendrían lobos rapaces en vestidura de ovejas? ¿No había lugar allí para

que aconsejara y dijera: Y vosotros, para encontrarlos, asumid la vestidura de lobos, pero permaneced ovejas por dentro? No dijo esto: sino que cuando dijo: "Muchos vendrán a vosotros en vestidura de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces"; no añadió, "De sus mentiras", sino, "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7, 15-16). Con la verdad deben ser evitados, con la verdad capturados, con la verdad destruidos los engaños. Lejos esté de nosotros vencer las blasfemias de los ignorantes, blasfemando conscientemente: lejos esté de nosotros evitar los males de los engañadores, imitándolos. Pues, ¿cómo evitaremos, si para evitar, tendremos? Si para capturar al que blasfema sin saberlo, blasfemo sabiéndolo; lo que hago es peor que lo que capturo. Si para encontrar al que niega a Cristo sin saberlo, yo niego a Cristo sabiéndolo; a la perdición me seguirá aquel a quien así encuentre: si es que para encontrarlo, primero me pierdo.

13. ¿O acaso quien intenta encontrar a los Priscilianistas de esa manera, por eso no niega a Cristo, porque pronuncia con la boca lo que no cree en el corazón? Como si (lo que ya dije un poco antes) cuando se dijo: "Con el corazón se cree para justicia"; en vano se añadió: "con la boca se confiesa para salvación" (Rom. 10, 10). ¿Acaso no casi todos los que negaron a Cristo ante los perseguidores, mantuvieron en el corazón lo que creían de él; y sin embargo, al no confesar con la boca para salvación, perecieron, salvo aquellos que revivieron por el arrepentimiento? ¿Quién se desvanecería tanto como para pensar que el apóstol Pedro tenía en el corazón lo que tenía en la boca cuando negó a Cristo? Sin duda, en aquella negación mantenía la verdad dentro, y fuera pronunciaba la mentira. ¿Por qué entonces lavó con lágrimas lo que negó con la boca (Mat. 26, 69-75), si bastaba para la salvación lo que creía en el corazón? ¿Por qué, hablando la verdad en su corazón, castigó con tan amargo llanto la mentira que pronunció con la boca, sino porque vio que era una gran perdición, que creyó con el corazón para justicia, pero no confesó con la boca para salvación?

14. Por lo tanto, aquello que está escrito, "El que habla verdad en su corazón"; no debe entenderse como si, reteniendo la verdad en el corazón, se deba hablar mentira con la boca. Sino que se dijo porque puede suceder que alguien hable verdad con la boca, lo cual no le aprovecha en nada, si no la mantiene en el corazón, es decir, si no cree lo que dice: como hacen los herejes, y especialmente los mismos Priscilianistas, cuando no creen la verdad católica, pero la dicen para que se crea que son de los nuestros. Hablan, pues, la verdad en su boca, no en su corazón. Por eso debían distinguirse de aquel de quien se dijo: "El que habla verdad en su corazón". Y esta verdad el católico la habla en su corazón, porque así cree; así también debe hablarla en su boca, para así predicarla: contra esta verdad no debe tener falsedad ni en el corazón ni en la boca, para que crea con el corazón para justicia, y haga confesión con la boca para salvación. Pues en aquel salmo, cuando se dijo: "El que habla verdad en su corazón"; inmediatamente se añadió: "El que no ha hecho engaño con su lengua" (Sal. 14, 3).

15. Y aquello que dijo el Apóstol: "Deponiendo la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros" (Ef. 4, 25); lejos esté de nosotros entenderlo como si permitiera hablar mentira con aquellos que aún no son miembros con nosotros del cuerpo de Cristo. Sino que se dijo porque cada uno de nosotros debe considerar a cualquiera como lo que quiere que sea, incluso si aún no lo es: como el Señor mostró al extranjero samaritano como el prójimo de aquel con quien hizo misericordia (Luc. 10, 30-37). Por lo tanto, debe ser considerado prójimo, no extraño, con quien se debe actuar para que no permanezca extraño: y si por el hecho de que aún no es partícipe de nuestra fe y sacramento, algunas verdades deben ocultársele, no por eso deben decirse falsedades.

16. También en tiempos de los Apóstoles hubo quienes predicaban la verdad no con verdad, es decir, no con ánimo veraz: a quienes el Apóstol dice que anunciaban a Cristo no con pureza, sino por envidia y contienda. Por lo tanto, también entonces algunos fueron tolerados anunciando la verdad no con ánimo puro: pero no se alabó a ninguno como anunciando con ánimo puro la falsedad. Finalmente, dice de ellos: "Sea por pretexto, sea por verdad, Cristo es anunciado" (Fil. 1, 15-18): de ninguna manera diría que para que después se anuncie a Cristo, primero se le niegue.

17. Por lo tanto, de muchas maneras pueden ser investigados los herejes ocultos, sin que se vitupere la fe católica, ni se alabe la impiedad herética.

CAPÍTULO VII.

El engaño no debe admitirse por ninguna intención aparentemente buena. Algunos hechos se vuelven buenos o malos según el fin, otros son pecados por sí mismos: estos no deben hacerse por ningún fin aparentemente bueno. Pero si de ninguna manera se pudiera sacar de sus cavernas la impiedad herética, a menos que la lengua católica se desviara del camino de la verdad; sería más tolerable que aquella permaneciera oculta, que esta se precipitara; sería más tolerable que las zorras se ocultaran en sus madrigueras, que para capturarlas los cazadores cayeran en la fosa de la blasfemia; sería más tolerable que la perfidia de los Priscilianistas se cubriera con el velo de la verdad, que la fe de los Católicos, para no ser alabada por los Priscilianistas mentirosos, fuera negada por los Católicos creyentes. Pues si por eso son justas las mentiras, no cualquiera, sino las blasfemas, porque se hacen con la intención de descubrir a los herejes ocultos; podrían de este modo, si se hacen con la misma intención, ser castos los adulterios. ¿Qué si alguna mujer impúdica del número de los Priscilianistas pone sus ojos en un católico José, y le promete revelar sus escondites si obtiene de él una relación ilícita, y es seguro que si se le concede, cumplirá lo prometido? ¿Debemos hacerlo, o entenderemos que de ninguna manera deben comprarse tales recompensas a tal precio? ¿Por qué entonces no sacamos a los herejes capturables con la carne fluyendo en adulterio, y pensamos que deben ser sacados con la boca fornicando en blasfemia? O bien se podrá defender ambos de igual manera, para que por eso no se diga que estas cosas no son injustas, porque se hacen con la intención de descubrir a los injustos: o si la sana doctrina no quiere que, para encontrar a los herejes, nos mezclemos al menos corporalmente, no mentalmente, con mujeres impúdicas, ciertamente tampoco quiere que, para encontrar a los herejes, al menos con la voz, no mentalmente, se predique la inmundicia herejía, o se blasfeme la casta católica. Porque incluso el mismo imperio de la mente, al que debe obedecer todo movimiento inferior del hombre, no carecerá de digno oprobio, cuando se hace lo que no debe hacerse, ya sea con un miembro, ya sea con una palabra. Aunque también cuando se hace con una palabra, se hace con un miembro: porque la lengua es un miembro con el que se hace la palabra: ni ninguna de nuestras acciones se produce con un miembro, a menos que primero se conciba en el corazón; o más bien, ya parida dentro al pensar y consentir, se da a luz fuera al hacer con un miembro. Por lo tanto, el ánimo no se excusa de la acción, cuando se dice que algo no se hace de corazón, lo que sin embargo no se haría, si el ánimo no decidiera que debe hacerse.

18. Hay una gran diferencia, ciertamente, en la causa, el fin, la intención con que se hace algo: pero aquellas cosas que se sabe que son pecados, no deben hacerse bajo ningún pretexto de buena causa, ningún fin aparentemente bueno, ninguna intención aparentemente buena. Pues las obras de los hombres, como tengan buenas o malas causas, ahora son buenas, ahora malas, que no son por sí mismas pecados: como proveer alimento a los pobres, es una buena obra, si se hace por causa de misericordia con fe recta; como el concubito conyugal, cuando

se hace por causa de procrear, si se hace con esa fe para que se engendren regenerados. Estas y otras obras semejantes son buenas o malas según sus causas; porque las mismas, si tienen malas causas, se convierten en pecados: como si se alimenta a un pobre por causa de jactancia; o se concibe con la esposa por causa de lujuria; o se engendran hijos, no para Dios, sino para el diablo. Pero cuando ya las obras mismas son pecados, como robos, adulterios, blasfemias, u otras cosas semejantes; ¿quién dirá que deben hacerse por buenas causas, para que no sean pecados, o, lo que es más absurdo, sean pecados justos? ¿Quién dirá: Para tener qué dar a los pobres, robamos a los ricos; o, vendamos falsos testimonios, especialmente si no se perjudica a los inocentes, sino que más bien se salva a los culpables de los jueces que los condenarían? Pues se hacen dos cosas buenas con la venta de esta mentira, que se obtiene dinero para alimentar al necesitado, y se engaña al juez para que no se castigue al hombre. También, si podemos, ¿por qué no suprimimos los testamentos verdaderos y ponemos falsos, para que las herencias o legados no los tengan los indignos, que no hacen nada bueno con ellos; sino aquellos por quienes se alimentan los hambrientos, se visten los desnudos, se acogen los peregrinos, se redimen los cautivos, se construyen las iglesias? ¿Por qué no se hacen esos males por estos bienes, si por estos bienes aquellos no son males? Ahora bien, si algunas mujeres impuras y ricas parecen dispuestas a enriquecer a sus amantes y adúlteros; ¿por qué no asume el hombre misericordioso estas partes y artes, para usarlas por tan buena causa, para tener de dónde dar a los necesitados; y no escucha al Apóstol diciendo: "El que robaba, no robe más; antes trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué dar al que tiene necesidad" (Ef. 4, 28)? Pues no solo el mismo robo, sino también el falso testimonio, y el adulterio, y toda obra mala no será mala, sino buena, si se hace con la causa de que se haga el bien. ¿Quién dirá esto, sino quien intenta subvertir todas las cosas humanas y todas las costumbres y leyes? Pues, ¿qué crimen más atroz, qué escándalo más vergonzoso, qué sacrilegio más impío no se dirá que puede hacerse recta y justamente; no solo impunemente, sino también gloriosamente, para que en su perpetración no solo no se teman castigos, sino que se esperen premios: si una vez concedemos que en todas las malas obras de los hombres no se debe preguntar qué se hace, sino por qué se hace; para que cualquiera que sea la causa buena por la que se hace, no se juzguen malas? Pero si la justicia castiga con razón al ladrón, incluso al que dice y muestra que robó al rico para dar al pobre; si castiga con razón al falsificador, incluso al que demuestra que corrompió el testamento ajeno para que fuera heredero quien haría de él grandes limosnas, no quien no haría ninguna; si castiga con razón al adúltero, incluso al que demuestra que cometió adulterio por misericordia, para liberar a un hombre de la muerte por medio de aquella con quien lo hizo; finalmente, para acercarnos más al asunto en cuestión, si castiga con razón al que se mezcló en concubinato adúltero con alguna mujer consciente de la impudicia de los Priscilianistas, para llegar a sus escondites: te ruego, cuando el Apóstol dice: "Ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado" (Rom. 6, 13); y por eso no debemos presentar nuestras manos, ni los genitales del cuerpo, ni otros miembros a los flagicios, para poder encontrar a los Priscilianistas; ¿qué nos ha hecho la lengua, qué toda nuestra boca, qué el órgano de la voz, para que presentemos estas armas al pecado, y con tan gran pecado, donde blasfemamos a nuestro Dios sin excusa de ignorancia, para sacar a los Priscilianistas capturados de las blasfemias de la ignorancia?

CAPÍTULO VIII.

19. El pecado es más leve o más grave según la intención; sin embargo, no debe hacerse el más leve, que a menudo es más grave que un pecado de otro género. Alguien dirá: ¿Entonces se iguala a cualquier ladrón con el ladrón que roba por voluntad de misericordia? ¿Quién diría esto? Pero de estos dos, ninguno es bueno porque uno es peor. Pues es peor el que roba

por codicia que el que roba por misericordia: pero si todo robo es pecado, de todo robo se debe abstener. ¿Quién dirá que se debe pecar, aunque un pecado sea condenable y otro venial? Ahora bien, busquemos si al hacer esto o aquello, alguien no pecará, o pecará; no quién pecará más gravemente o más levemente. Pues los mismos robos se castigan más levemente por la ley que los adulterios: sin embargo, ambos son pecados, aunque unos más leves, otros más graves; de modo que se considera más leve el robo por codicia que el adulterio por misericordia. En su propio género, se hacen más leves que otros pecados del mismo género, los que parecen admitirse con buen ánimo; aunque ellos mismos se encuentren más graves que pecados de otro género que son más leves en su propio género. Pues es más grave robar por avaricia que por misericordia; y también es más grave cometer adulterio por lujuria que por misericordia: y sin embargo, es más grave adulterar por misericordia que robar por avaricia. Ahora no se trata de qué es más leve o más grave, sino de qué son pecados o no lo son. Nadie dirá que se debe pecar, donde consta que es pecado: pero decimos que se debe, si así o así se ha pecado, perdonar o no perdonar.

20. Los pecados compensativos tampoco deben ser admitidos. El acto de Lot ofreciendo a sus hijas a los violadores de Sodoma. El ejemplo de Lot perturbado por el miedo no debe ser imitado. Tampoco el ejemplo de David jurando por ira. Qué debieron haber hecho David y Lot. Cómo Lot apenas puede ser defendido del pecado. No todos los actos de los santos deben ser trasladados a las costumbres. Sin embargo, lo que debe admitirse es que ciertos pecados compensativos perturban tanto las mentes humanas que incluso se piensa que deben ser alabados y más bien se consideran acciones correctas. ¿Quién duda de que es un gran pecado si un padre prostituye a sus hijas a las fornicaciones de los impíos? Y sin embargo, hubo una razón por la cual un hombre justo pensó que debía hacerlo, cuando los sodomitas, con un impulso nefasto de lujuria, irrumpieron contra sus huéspedes. Pues dijo: "Tengo dos hijas que no han conocido varón: las sacaré a ustedes, y hagan con ellas como les plazca; solo no hagan nada malo a estos hombres, porque han venido bajo el techo de mi casa" (Gén. XIX, 8). ¿Qué diremos aquí? ¿No es cierto que aborrecemos tanto el crimen que los sodomitas intentaban cometer contra los huéspedes de ese hombre justo, que pensamos que cualquier cosa que se hiciera para evitarlo debía hacerse? También nos conmueve mucho la persona que lo hace, quien por su justicia fue liberada de Sodoma: de modo que, dado que es menos malo que las mujeres sufran violación que los hombres, se dice que esto también pertenecía a la justicia de ese justo, que prefirió que esto sucediera a sus hijas antes que a sus huéspedes; no solo queriéndolo en su mente, sino también ofreciéndolo con palabras, y si ellos hubieran consentido, lo habría cumplido con hechos. Pero si abrimos este camino a los pecados, para que cometamos los menores para que otros no cometan los mayores; con un límite amplio, o más bien sin límite, sino con todos los términos convulsos y removidos, todo entrará y reinará en un espacio infinito. Pues cuando se haya definido que un hombre debe pecar menos para que otro no peque más; ciertamente, con nuestros robos se evitarán las violaciones ajenas, y con incestos las violaciones; y si alguna impiedad parece incluso peor que los incestos, también se dirá que debemos cometer incestos, si de esa manera se puede actuar para que esa impiedad no sea cometida por otros: y en cada género de pecados, se pensará que deben hacerse robos por robos, violaciones por violaciones, incestos por incestos, y sacrilegios por sacrilegios: los nuestros por los ajenos, no solo los menores por los mayores, sino incluso si se llega a los más altos y peores, los menos por los más; si el curso de las cosas se desarrolla de tal manera que de otro modo otros no se abstendrán de pecar, a menos que nosotros pequemos un poco, pero aún así pecando; de modo que cuando el enemigo que tenga tal poder diga: "A menos que tú seas malvado, yo seré más malvado, o a menos que tú cometas este crimen, yo haré muchos más"; parecerá que cometemos un crimen

si queremos abstenernos de cometerlo. ¿Qué es esto sino desvariar, o más bien enloquecer? Pues de mi iniquidad, no de la ajena, ya sea perpetrada en mí o en otros, debo cuidarme de la condenación. Porque el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4).

21. Si, por lo tanto, no debemos pecar para que otros no pequen más gravemente contra nosotros o contra cualquiera, sin duda debemos considerar en lo que hizo Lot, si es un ejemplo que debemos imitar o más bien evitar. Pues parece más bien que debemos observar y notar que, cuando un mal tan horrible por la impiedad más vil de los sodomitas amenazaba a sus huéspedes, lo cual deseaba evitar y no podía, también el ánimo del justo pudo haberse turbado, de modo que quisiera hacer lo que no la tempestad nebulosa del miedo humano, sino la tranquila serenidad del derecho divino, si se nos consulta, clamará que no debe hacerse; y ordenará más bien que evitemos nuestros pecados, para que no pequemos por miedo a los pecados ajenos. Pues aquel hombre justo, temiendo los pecados ajenos, que no pueden manchar a menos que se consienta, perturbado no atendió al suyo, al querer someter a sus hijas a las lujurias de los impíos. Cuando leemos estas cosas en las Escrituras sagradas, no porque creamos que se hicieron, creemos que también deben hacerse; no sea que violemos los preceptos mientras seguimos indiscriminadamente los ejemplos. ¿O acaso porque David juró que mataría a Nabal, y con una consideración más clemente no lo hizo (I Sam. XXV, 22-35), diremos que debe ser imitado, para que juremos temerariamente que haremos lo que después veamos que no debe hacerse? Pero así como a aquel el miedo lo turbó para que quisiera prostituir a sus hijas, así a este la ira lo turbó para que jurara temerariamente. Finalmente, si pudiéramos preguntar a ambos por qué hicieron estas cosas, podría aquel responder: "El miedo y el temblor vinieron sobre mí, y me cubrieron las tinieblas" (Sal. LIV, 6); también podría decir este: "Mi ojo se turbó por la ira" (Sal. VI, 8); para que no nos sorprendamos de que aquel en las tinieblas del miedo, o este con el ojo turbado, no vieran lo que debían ver, para no hacer lo que no debía hacerse.

22. Y ciertamente se podría decir con más justicia al santo David que no debió enojarse, aunque fuera con un ingrato que le devolvía mal por bien; pero aunque como hombre la ira se le infiltró, no debió prevalecer tanto que jurara que haría lo que o bien haría con saña, o no haría perjurando: pero ¿quién se atrevería a decirle al que estaba entre las locuras lujuriosas de los sodomitas: "Aunque tus huéspedes en tu casa, a la que los obligaste a entrar con la más violenta humanidad, sean apresados y oprimidos por los impúdicos y sufran lo que es propio de las mujeres, no temas, no te preocupes, no te espantes, no te horrorices, no tiembles"? ¿Quién se atrevería a decir esto al piadoso huésped, incluso siendo cómplice de aquellos malvados? Pero ciertamente se diría con toda razón: "Haz lo que puedas para que no suceda lo que con razón temes: pero no permitas que este miedo te lleve a hacer lo que, si tus hijas quisieran que se hiciera en ellas, harían con los sodomitas la maldad con tu consentimiento; si no quisieran, sufrirían de los sodomitas la violencia con tu consentimiento. No cometas un gran crimen tuyo mientras temes un mayor ajeno: por mucho que difiera entre lo tuyo y lo ajeno, esto será tuyo, aquello ajeno. A menos que alguien, en defensa de este hombre, se vea obligado a decir: "Puesto que es mejor recibir una injuria que hacerla, y aquellos huéspedes no iban a hacer una injuria, sino a sufrirla; el hombre justo prefirió que sus hijas sufrieran la injuria antes que sus huéspedes, con el derecho que tenía como señor de sus hijas; y sabía que no pecarían si eso sucediera, porque más bien soportarían sin su propio pecado a quienes no consentían. Finalmente, no se ofrecieron ellas mismas a ser violadas, aunque se ofrecieron como mujeres en lugar de hombres, en lugar de aquellos huéspedes, para que no las hiciera culpables no la experiencia de la lujuria ajena, sino el consentimiento de su voluntad. Ni su padre permitía que esto se hiciera en ellas, cuando aquellos a quienes no entregaba a sus huéspedes intentaban hacerlo; aunque sería menos malo que sucediera en una que en dos:

pero resistía cuanto podía, para que ningún consentimiento propio lo manchara, que aunque el furor lujurioso prevaleciera con las fuerzas del cuerpo, sin embargo, no lo mancharía sin su consentimiento. En cuanto a las hijas que no pecaban, tampoco él pecaba, porque no las hacía pecar si eran oprimidas contra su voluntad, sino que las hacía soportar a los pecadores: como si ofreciera a sus siervos para ser golpeados por los impíos, para que sus huéspedes no sufrieran la injuria de ser golpeados. Sobre este asunto no discutiré, porque es largo, si un señor puede usar rectamente su poder sobre un siervo, para hacer que su siervo sea golpeado inocente, para que su amigo, también inocente, no sea golpeado por violentos impíos en su casa. Pero ciertamente no se puede decir de ninguna manera que David debió jurar que haría lo que después vería que no debía hacer. Por lo tanto, está claro que no todo lo que leemos que hicieron los santos o justos debemos trasladarlo a las costumbres; sino que también debemos aprender de esto cuán ampliamente se extiende y a quiénes alcanza lo que el Apóstol dice: "Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, ustedes que son espirituales, restauren a tal persona con espíritu de mansedumbre, considerando a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gál. VI, 1). Pues estas son las prevaricaciones en las que se delinque, cuando no se ve lo que debe hacerse en el momento, o incluso quien lo ve es vencido; de modo que se comete pecado, ya sea porque la verdad está oculta, o porque la debilidad obliga.

CAPÍTULO X.

23. Ejemplos buscados en las Escrituras para justificar la mentira. Otra cosa es ocultar la verdad, otra es proferir una mentira. Abraham e Isaac son defendidos de la mentira. El acto de Jacob no es una mentira. Los tropos no son mentiras. Metáfora. Antífrasis. Por qué hay tropos en las Escrituras. En todos nuestros actos, los pecados compensativos turban especialmente a los buenos; de tal manera que ni siquiera se consideran pecados, si tienen tales causas por las cuales se hacen, y en las que parece que se peca más si no se hacen. Y especialmente sobre las mentiras, esto ha prevalecido en la opinión de los hombres, de modo que no se consideran pecados esas mentiras, sino que incluso se cree que son acciones correctas, cuando alguien miente por la utilidad de aquel a quien conviene ser engañado, o para no dañar a otros que parecen estar a punto de hacer daño, a menos que se evite con mentiras. Para defender estos tipos de mentiras, se consideran muchos ejemplos de las Escrituras sagradas. Sin embargo, no es lo mismo ocultar la verdad que proferir una mentira. Pues aunque todo el que miente quiere ocultar lo que es verdad, no todo el que quiere ocultar lo que es verdad miente. Pues muchas veces ocultamos la verdad no mintiendo, sino callando. Porque el Señor no miente cuando dice: "Muchas cosas tengo que deciros, pero ahora no las podéis soportar" (Juan XVI, 12). Calló la verdad, no habló falsedades; juzgó que no eran aptos para escuchar esas verdades. Si no les hubiera indicado esto mismo, es decir, que no podían soportar lo que no quiso decir, ciertamente seguiría ocultando algo de verdad, pero quizás no sabríamos que esto puede hacerse rectamente, o no estaríamos tan firmes con tal ejemplo. Por lo tanto, quienes afirman que a veces se debe mentir, no recuerdan adecuadamente que Abraham hizo esto sobre Sara, a quien llamó su hermana. Pues no dijo: "No es mi esposa"; sino que dijo: "Es mi hermana", lo cual era cierto, ya que era tan cercana en parentesco que no se decía hermana falsamente. Lo cual confirmó después, cuando ya le había sido devuelta por aquel que la había tomado, respondiéndole y diciendo: "Y en verdad es mi hermana, hija de mi padre, pero no de mi madre" (Gén. XX, 2, 12): es decir, de la familia paterna, no de la materna. Por lo tanto, ocultó algo verdadero, no dijo algo falso, cuando calló que era su esposa y dijo que era su hermana. Esto también lo hizo su hijo Isaac: pues también sabemos que él tomó por esposa a una pariente suya (Gén. XXVI, 7, y XXIV).

Por lo tanto, no es mentira cuando se oculta la verdad callando, sino cuando se profiere lo falso hablando.

24. Sin embargo, lo que Jacob hizo con el consejo de su madre, para que pareciera engañar a su padre, si se atiende diligente y fielmente, no es mentira, sino misterio. Si llamamos mentiras a estas cosas, todas las parábolas y figuras de cualquier cosa que se deba significar, que no deben tomarse en su propiedad, sino que en ellas se debe entender una cosa por otra, se dirán mentiras: lo cual está completamente fuera de lugar. Pues quien piensa esto, puede llevar esta calumnia a tantas locuciones tropológicas; de modo que incluso la que se llama metáfora, es decir, la transferencia de una palabra de su significado propio a uno no propio, puede ser llamada mentira por esta razón. Pues cuando decimos que las mieses fluctúan, que las vides brotan, que la juventud florece, que la canicie es nívea; sin duda, los flujos, las gemas, la flor, la nieve, porque no los encontramos en estas cosas a las que hemos trasladado estas palabras de otro lugar, se considerarán mentiras. Y la roca es Cristo (I Cor. X, 4), y el corazón de piedra de los judíos (Ezequiel XXXVI, 26): también el león es Cristo (Apoc. V, 5), y el león es el diablo (I Pedro V, 8), y innumerables cosas semejantes se dirán mentiras. ¿Qué decir de que esta locución tropológica llega hasta la que se llama antífrasis, de modo que se dice abundar lo que no es, se dice dulce lo que es ácido; lucus lo que no luce, Parcas lo que no perdonan. De donde es aquello en las Escrituras sagradas: "Si no te bendice en tu cara" (Job II, 5): lo cual el diablo dijo al Señor sobre el santo Job, y se entiende, "Maldice". Con esta palabra también se nombró el crimen ficticio de Nabot por los calumniadores. Pues se dijo que bendijo al rey (III Reyes XXI, 13); esto es, maldijo. Todos estos modos de locución se considerarán mentiras, si la locución o acción figurada se considera mentira. Si, sin embargo, no es mentira cuando se refieren a la comprensión de la verdad, sin duda no solo lo que Jacob hizo o dijo a su padre para ser bendecido, sino tampoco lo que José dijo a sus hermanos como si los estuviera engañando (Gén. XLII), ni lo que David simuló locura (I Sam. XXI, 13), ni otras cosas semejantes, deben ser juzgadas mentiras, sino locuciones y acciones proféticas que deben referirse a lo que es verdadero. Que por eso se cubren con vestiduras figuradas, para ejercitar el sentido del que busca piadosamente, y para que no se devalúen por ser desnudas y evidentes. Aunque lo que hemos aprendido en otros lugares dicho clara y manifiestamente, cuando se extrae de lo oculto, se renueva de alguna manera en nuestro conocimiento, y renovado se endulza. No se envidian a los que aprenden, porque se oscurecen de esta manera: sino que se recomiendan más, para que como si estuvieran retirados se deseen con más ardor, y encontrados deseados se disfruten con más gozo. Sin embargo, se dicen verdaderas, no falsas; porque se significan verdaderas, no falsas, ya sea con palabra o con hecho: pues lo que se significa, ciertamente se dice. Sin embargo, se consideran mentiras, porque no se entienden dichas las cosas verdaderas que se significan; sino que se cree que se han dicho cosas falsas. Esto, para que con ejemplos sea más claro, atiende a lo que hizo Jacob. Ciertamente cubrió sus miembros con pieles de cabritos: si buscamos la causa próxima, lo consideraremos mentiroso; pues hizo esto para que se pensara que era quien no era: pero si este hecho se refiere a aquello para lo cual realmente se hizo y se dijo, por las pieles de cabrito se significan los pecados, y por aquel que se cubrió con ellas, se significó aquel que no llevó sus propios pecados sino los ajenos. Por lo tanto, el verdadero significado de lo significado de ninguna manera puede llamarse mentira. Así como en el hecho, así también en la palabra. Pues cuando su padre le dijo: "¿Quién eres tú, hijo?", él respondió: "Soy Esaú, tu primogénito" (Gén. XXVII, 16-19). Esto, si se refiere a los dos gemelos, parecerá mentira: pero si se refiere a aquello para lo cual estas cosas se hicieron y se dijeron y se escribieron, aquí se entiende aquel en su cuerpo, que es su Iglesia, quien hablando de esto dice: "Cuando veáis a Abraham, e Isaac, y Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros expulsados fuera. Y vendrán del oriente y del occidente y del norte

y del sur, y se sentarán en el reino de Dios: y he aquí que hay últimos que eran primeros, y hay primeros que eran últimos" (Lucas XIII, 28-30). Pues de esta manera, de algún modo, el menor arrebató el primado del mayor y lo trasladó a sí mismo. Por lo tanto, cuando se significan cosas tan verdaderas y se significan verazmente, ¿qué debe considerarse aquí hecho o dicho mendazmente? Pues cuando lo que se significa, no es que no esté en la verdad, sino que está ya sea pasado, presente o futuro; sin duda es una verdadera significación, y de ninguna manera una mentira. Pero es demasiado largo en esta significación profética examinar todo minuciosamente, en lo que la verdad tiene la palma, porque como se significaron proféticamente, así se han manifestado en su cumplimiento.

CAPÍTULO XI.

25. Tres maneras de argumentar contra aquellos que quieren usar las Escrituras divinas para justificar sus mentiras. No he asumido en este discurso lo que te concierne más a ti, quien ha revelado las guaridas de los priscilianistas, en cuanto a sus dogmas falsos y perversos; para que no parezcan investigados como si debieran ser enseñados y no refutados. Más bien, haz que queden derrotados, ya que has hecho que sean expuestos: no sea que, mientras queremos llegar a la investigación de los hombres engañosos, permitamos que las mismas falsedades permanezcan como insuperables; cuando más bien debemos destruir las falsedades en los corazones ocultos, que encontrarlas al perdonar las falsedades. Además, entre esos dogmas suyos que deben ser subvertidos, está también el que dogmatizan, que para ocultar la religión, los religiosos deben mentir, hasta el punto de que no solo sobre otras cosas no relacionadas con la doctrina de la religión, sino también sobre la misma religión se debe mentir, para que no se revele a los extraños; de modo que Cristo debe ser negado, para que el cristiano pueda esconderse entre sus enemigos. También esto, te ruego, subvierte este dogma impío y nefasto, por el cual, argumentando, recogen testimonios de las Escrituras, con los cuales parecen no solo perdonables o tolerables, sino incluso honorables las mentiras. Por lo tanto, te corresponde a ti, al refutar la secta detestable, mostrar cómo deben ser entendidos esos testimonios de las Escrituras, para que enseñes que no son lo que se piensa que son mentiras, si se entienden de la manera en que deben ser entendidos; o que no deben ser imitados incluso aquellos que claramente son mentiras; o al menos, en último lugar, que sobre estas cosas que pertenecen a la doctrina de la religión, de ninguna manera se debe mentir. Pues así verdaderamente se destruyen de raíz, mientras se destruye donde se esconden: para que sean juzgados como menos dignos de ser seguidos y más de ser evitados, en la medida en que se profesan mentirosos para ocultar su herejía. Esto es lo primero que debe ser combatido en ellos, este es su aparente baluarte que debe ser golpeado y derribado con los golpes de la verdad. No se les debe proporcionar otro refugio que no tenían, al cual puedan huir: para que si acaso son delatados por aquellos a quienes intentaron seducir y no pudieron, no digan, Queríamos probarlos, porque los prudentes católicos enseñaron que eso debe hacerse para descubrir a los herejes. Pero es necesario que diga con algo más de énfasis por qué me parece que hay tres maneras de argumentar contra aquellos que quieren usar las Escrituras divinas para justificar sus mentiras: primero, mostrar que algunas cosas que allí se piensan que son mentiras, no son lo que se piensa, si se entienden correctamente; luego, si hay mentiras manifiestas, que no deben ser imitadas; tercero, contra todas las opiniones de todos, a quienes les parece que a veces es parte del deber de un hombre bueno mentir, se debe sostener de todas maneras que en la doctrina de la religión de ninguna manera se debe mentir. Estas tres cosas te recomendé hace poco que llevaras a cabo, y de alguna manera te las encargué.

CAPÍTULO XII.

26. Algunos ejemplos de mentiras en las Escrituras antiguas son verdaderamente tales, pero no se puede presentar ninguno del Nuevo Testamento. La simulación de Pedro y Bernabé fue justamente reprendida por Pablo. Algunas ceremonias de la Ley observadas por Pablo no fueron mentiras. Pablo se hizo todo para todos no mintiendo, sino compadeciéndose. Qué es una mentira. Para mostrar, por lo tanto, algunas cosas que se piensan que son mentiras en las Escrituras, que no son lo que se piensa, si se entienden correctamente; no te parezca de poca utilidad contra estos que no encuentran ejemplos de mentiras en las Escrituras apostólicas, sino en las proféticas. Pues todo aquello que mencionan nominalmente donde alguien mintió, se lee en esos Libros, en los cuales no solo se escribieron palabras, sino también muchos hechos figurados, porque también se realizaron de manera figurada. En las figuras, lo que se dice como mentira, bien entendido se encuentra verdadero. Los apóstoles, sin embargo, hablaron de manera diferente en sus Epístolas, y los Hechos de los Apóstoles fueron escritos de manera diferente, ya con el Nuevo Testamento revelado, que estaba velado por esas figuras proféticas. Finalmente, en tantas Epístolas apostólicas, y en el mismo libro tan grande en el que se narran sus actos con verdad canónica, no se encuentra a alguien mintiendo, para que de él se proponga un ejemplo de licencia para mentir. Pues aquella simulación de Pedro y Bernabé, por la cual obligaban a los Gentiles a judaizar, fue justamente reprendida y corregida, para que no dañara entonces, ni sirviera de ejemplo para ser imitado por los posteriores. Pues cuando el apóstol Pablo vio que no caminaban rectamente hacia la verdad del Evangelio, dijo a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío; ¿cómo obligas a los Gentiles a judaizar? (Gálatas II, 13-14). Pero lo que él mismo hizo, al retener y practicar algunas observancias legítimas por costumbre judía, para no mostrarse enemigo de la Ley y los Profetas, no debemos creer que lo hizo mintiendo. Sobre este asunto es suficiente su conocida sentencia, por la cual se había establecido que ni los judíos que entonces creían en Cristo debían ser prohibidos de las tradiciones paternas, ni los gentiles, al convertirse en cristianos, debían ser obligados a ellas: para que esos sacramentos que se sabía que habían sido divinamente ordenados, no fueran evitados como sacrilegios; ni tampoco se consideraran necesarios ya con el Nuevo Testamento revelado, como si sin ellos quienes se convirtieran a Dios no pudieran ser salvos. Pues había quienes pensaban y predicaban esto, aunque ya recibido el Evangelio de Cristo, y a ellos simuladamente consintieron Pedro y Bernabé; y por eso obligaban a los Gentiles a judaizar. Pues eso era obligar, predicar que eran necesarios, como si, recibido el Evangelio, no hubiera salvación en Cristo sin ellos. Este era el error que algunos pensaban, este era el temor que Pedro simulaba, esta era la libertad que Pablo reprendía. Por lo tanto, lo que dijo, Me he hecho todo para todos, para ganarlos a todos; lo hizo compadeciéndose, no mintiendo. Pues uno se hace como aquel a quien quiere ayudar, cuando ayuda con tanta misericordia como quisiera que se le ayudara a él mismo, si estuviera en la misma miseria. Así que se hace como aquel, no porque lo engañe, sino porque se considera a sí mismo como él. De ahí es esa frase de su apóstol, que ya mencioné antes: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado (Gálatas VI, 1). Pues si porque dijo, Me he hecho a los judíos como judío, y a los que estaban bajo la Ley, como bajo la Ley (I Corintios IX, 20-22); por eso se debe pensar que asumió los sacramentos de la Ley antigua mintiendo: debió también asumir la idolatría de los gentiles de la misma manera mintiendo, porque dijo que también se hizo a los que estaban sin Ley como sin Ley, para ganarlos: lo cual ciertamente no hizo. Pues en ninguna parte sacrificó a los ídolos, ni adoró esas imágenes; sino que más bien libremente, como mártir de Cristo, mostró que debían ser detestadas y evitadas. Por lo tanto, de ningún acto o palabra apostólica estos proponen ejemplos de mentiras para ser imitados. De los hechos o palabras proféticas, por lo tanto, creen tener algo que proponer, porque piensan que las figuras preanunciativas son mentiras, ya que a veces son similares a las mentiras. Pero cuando se refieren a las cosas

para las cuales fueron hechas o dichas, se encuentran que son significaciones verdaderas, y por lo tanto de ninguna manera son mentiras. Pues la mentira es una falsa significación con la voluntad de engañar. No es, sin embargo, una falsa significación, donde aunque se signifique una cosa por otra, es verdadera sin embargo lo que se significa, si se entiende correctamente.

CAPÍTULO XIII.

27. Se discuten los pasajes del Evangelio que parecen patrocinar la mentira. Cristo fingió figuradamente no saber lo que sabía. También fingió proféticamente y figuradamente ir más lejos. Hay algunas cosas de este tipo también del Salvador en el Evangelio, porque el mismo Señor de los Profetas se dignó ser Profeta. Tales son aquellas donde sobre la mujer que padecía flujo de sangre, dijo, ¿Quién me ha tocado? (Lucas VIII, 45); y sobre Lázaro, ¿Dónde lo habéis puesto? (Juan XI, 34). Pues así preguntó, como si no supiera lo que ciertamente sabía. Y por lo tanto fingió no saber, para significar algo más con esa aparente ignorancia suya: la cual significación, puesto que era verdadera, ciertamente no era mentira. Pues significaban, ya sea aquella que padecía flujo de sangre, o aquel muerto de cuatro días, a aquellos que incluso quien todo lo sabía de alguna manera no conocía. Pues aquella representaba al pueblo de los gentiles, de quien había sido profetizado, El pueblo que no conocí, me sirvió (Salmo XVII, 45): y Lázaro, alejado de los vivos, yacía allí como por una similitud significativa, donde aquel cuya voz es, He sido arrojado de la presencia de tus ojos (Salmo XXX, 23). Y por eso, como si no fuera conocido por Cristo, tanto lo que ella fue, como donde él fue puesto, fue figurado con las palabras del que pregunta, y toda mentira evitada con una significación verdadera.

28. De aquí es también aquello que mencionaste que dicen, que el Señor Jesús, después de resucitar, caminó en el camino con dos discípulos; y al acercarse al pueblo al que iban, fingió ir más lejos: donde el evangelista diciendo, Pero él fingió ir más lejos (Lucas XXIV, 28); incluso usó la misma palabra, que tanto deleita a los mentirosos, para que puedan mentir impunemente: como si toda ficción fuera mentira, cuando verdaderamente se fingen tantas cosas para significar otra cosa. Si, por lo tanto, Jesús no hubiera significado nada más en el hecho de que fingió ir más lejos, mercedamente se juzgaría como mentira: pero si se entiende bien, y se refiere a lo que quiso significar, se encuentra que es un misterio. De lo contrario, todo será mentira, lo que por alguna similitud de cosas a significar, aunque no se haya hecho, se narra como hecho. De donde es aquella larga narración sobre los dos hijos de un hombre, el mayor que permaneció con su padre, y el menor que peregrinó lejos (Lucas XV, 11-32). En este género de ficción, los hombres también han añadido hechos o palabras humanas a animales irracionales y cosas sin sentido, para que con tales narraciones ficticias, pero con significaciones verdaderas, lo que quisieran lo indicaran de manera más encomiable. Y no solo entre los autores de las letras seculares, como en Horacio, el ratón habla al ratón, y la comadreja a la zorra, para que a través de una narración ficticia se refiera la significación verdadera a lo que se trata (Horacio, Sátiras, libro 2, sátira 6; y Epístolas, libro 1, epístola 7); de donde también las fábulas de Esopo relatadas a ese fin, nadie tan poco instruido ha sido, que pensara que debían llamarse mentiras: sino también en las Escrituras sagradas, como en el Libro de los Jueces, los árboles buscan un rey para sí, y hablan al olivo, y a la higuera, y a la vid, y al espino (Jueces IX, 8-15). Lo cual ciertamente todo se finge, para que a la cosa que se pretende, se llegue con una narración ficticia, pero no mentirosa, sino con una significación verdadera. Dije esto por lo que está escrito sobre Jesús, Y él fingió ir más lejos: para que nadie de esta palabra, como los priscilianistas, queriendo tener permitido mentir, incluso afirme que Cristo mintió. Pero quien quiera entender lo que prefiguró al fingir, que atienda a lo que realizó al actuar. Pues habiendo ascendido más allá de todos los cielos, no obstante no abandonó a sus discípulos. Para significar este hecho futuro divinamente, se

fingió humanamente en el presente. Y por eso la significación verdadera fue prefigurada en esa ficción, porque en esta ascensión suya siguió la verdad de esa significación. Por lo tanto, que aquel afirme que Cristo mintió al fingir, quien niegue que cumplió lo que significó al actuar.

CAPÍTULO XIV.

29. Ejemplos de la Escritura antigua, si se narran allí mentiras de hombres, no deben ser imitadas. Así como no debe imitarse la fornicación de Judá, tampoco la mentira de Tamar. Porque, por lo tanto, los herejes mentirosos no encuentran en las letras del Nuevo Testamento ejemplos de mentiras para ser imitadas, se consideran a sí mismos muy abundantes en esta discusión, en la que piensan que se debe mentir, cuando de los antiguos Libros proféticos, porque allí no aparece sino a los pocos que entienden a qué se refieren las palabras o hechos significativos verdaderos, creen encontrar y proponer muchas mentiras. Pero deseando tener ejemplos para protegerse como imitables de engaño, se engañan a sí mismos, y su iniquidad les miente (Salmo XXVI, 12). Pero aquellas personas, que no se debe creer que quisieron profetizar allí, si fingieron algo haciendo o diciendo con la voluntad de engañar; aunque de sus hechos o palabras también pueda extraerse algo profético, por la omnipotencia de aquel que sabe usar bien incluso los males de los hombres; sin embargo, en cuanto a ellas se refiere, sin duda mintieron. Pero no por eso deben considerarse imitables, porque se encuentran en los Libros que merecidamente se llaman santos y divinos. Pues tienen escritos tanto los males de los hombres como los bienes; aquellos para ser evitados, estos para ser seguidos: y algunas cosas puestas de tal manera que sobre ellas también se ha pronunciado sentencia, otras dejadas a nuestro juicio para ser juzgadas; porque no solo debíamos ser nutridos con lo manifiesto, sino también ejercitados con lo oscuro.

30. ¿Por qué, entonces, estos consideran que deben imitar a Tamar mintiendo, y no consideran que deben imitar a Judá fornicando (Génesis XXXVIII, 14-18)? Pues allí leyeron ambos: y nada de esto la Escritura lo culpó o lo alabó; sino que simplemente narró ambos, y nos dejó juzgar ambos: pero es extraño si permitió impunemente que algo de esto fuera imitado. Pues sabemos que Tamar mintió no por lujuria de prostitución, sino por voluntad de concebir. Pero también la fornicación, aunque no fue tal en Judá, puede ser de alguien que lo haga para que un hombre sea liberado, como fue la mentira de ella para que un hombre fuera concebido: ¿acaso por eso también se debe fornicar, si por eso se piensa que se debe mentir? No solo, por lo tanto, sobre la mentira, sino sobre todas las obras de los hombres en las que existen pecados compensativos, se debe considerar qué sentencia debemos pronunciar; no sea que abramos la puerta no solo a pequeños pecados, sino también a todos los crímenes, y no quede ningún acto, escándalo, sacrilegio, en el que no pueda existir una causa por la cual parezca que debe hacerse, y esta opinión subvierta toda la probidad de la vida.

CAPÍTULO XV.

31. La mentira siempre es injusta, ya que es pecado y contraria a la verdad. En las parteras hebreas y en Rahab no se recompensó la falsedad, sino la benevolencia. Nada debe decirse, quien dice que algunas mentiras son justas, sino que algunos pecados son justos, y por lo tanto que algunas cosas injustas son justas: ¿qué puede ser más absurdo que esto? Pues, ¿de dónde es el pecado, sino porque es contrario a la justicia? Por lo tanto, digan que hay pecados grandes, otros pequeños; porque es verdad, y no se debe escuchar a los estoicos que sostienen que todos son iguales: pero decir que algunos pecados son injustos, otros justos, ¿qué es sino decir que algunas iniquidades son injustas, otras justas? cuando dice el apóstol Juan, Todo el que comete pecado, comete también iniquidad; y el pecado es iniquidad (I Juan III, 4). Por lo

tanto, no puede ser justo el pecado, sino cuando el nombre de pecado se pone en otra cosa, en la que alguien no peca, sino que hace algo o sufre por el pecado. Pues también los sacrificios por los pecados se llaman pecados, y las penas de los pecadores a veces se llaman pecados. Estos ciertamente pueden entenderse como pecados justos, cuando se dicen sacrificios justos, o castigos justos. Pero aquellas cosas que se hacen contra la ley de Dios, no pueden ser justas. Se ha dicho a Dios, Tu ley es verdad (Salmo CXVIII, 142). Y por lo tanto, lo que es contra la verdad, no puede ser justo. ¿Quién duda que toda mentira es contra la verdad? Ninguna mentira, por lo tanto, puede ser justa. Nuevamente, ¿a quién no le queda claro que todo lo que es justo es de la verdad? Pero Juan clama, Toda mentira no es de la verdad (I Juan II, 21). Por lo tanto, ninguna mentira es justa. Por lo tanto, cuando se nos proponen ejemplos de mentiras de las Escrituras sagradas, o no son mentiras, sino que se piensan que lo son mientras no se entienden; o si son mentiras, no deben ser imitadas, porque no pueden ser justas.

32. Pero lo que está escrito que Dios hizo bien con las parteras hebreas (Éxodo I, 17-20), y con Rahab la ramera de Jericó (Josué II y VI, 25), no se hizo porque mintieron, sino porque fueron misericordiosas con los hombres de Dios. No se recompensó, por lo tanto, en ellas la falsedad, sino la benevolencia; la bondad de la mente, no la iniquidad de la mentirosa. Pues así como no sería extraño ni absurdo si en otro tiempo Dios quisiera perdonarles algunas malas obras cometidas por ellas debido a obras buenas posteriores; así no es extraño que en una misma causa Dios, viendo ambas cosas, es decir, el hecho misericordioso y el hecho engañoso, recompensara lo bueno, y por esto bueno perdonara aquello malo. Pues si los pecados que se cometen por la concupiscencia de la carne, no por misericordia, se perdonan por obras de misericordia posteriores; ¿por qué no se perdonan por el mérito de la misericordia, los que se cometen por la misma misericordia? Pues más grave es el pecado que se comete con ánimo de dañar, que el que se comete con ánimo de ayudar. Y por lo tanto, si aquel se borra con una obra de misericordia que sigue después, ¿por qué no se borra este que es más leve, con la misma misericordia del hombre, tanto precediendo para pecar, como acompañando cuando peca? Así puede parecer: sin embargo, es una cosa decir, No debí pecar, pero haré obras de misericordia, con las cuales borraré lo que antes pequé; y otra cosa es decir, Debo pecar, porque no puedo de otra manera tener misericordia. Es una cosa decir, Porque ya pecamos, hagamos el bien; y otra cosa es decir, Pequemos, para que venga el bien (Romanos III, 8). Y por lo tanto, allí se debe vaciar la sentina del pecado, aquí se debe evitar la doctrina de pecar.

33. Por lo tanto, debemos entender que a aquellas mujeres, ya sea en Egipto o en Jericó, se les otorgó una recompensa temporal por su humanidad y misericordia, la cual, incluso sin que ellas lo supieran, figuraba algo eterno mediante una significación profética. Sin embargo, si alguna vez es lícito mentir por la salvación de alguien, una cuestión en la que incluso los más doctos se fatigan al intentar resolverla, ciertamente excedía la capacidad de aquellas mujeres situadas en esos pueblos y acostumbradas a esas costumbres. Así, Dios soportaba con paciencia su ignorancia, al igual que otras cosas que desconocían, pero que deben ser conocidas por los hijos no de este siglo, sino del futuro. No obstante, les otorgaba recompensas terrenales por la bondad humana que mostraron a sus siervos, aunque estas significaran algo celestial. Y Raab, liberada de Jericó, pasó al pueblo de Dios, donde, progresando, podría alcanzar dones eternos e inmortales, que no deben buscarse mediante ninguna mentira.

CAPÍTULO XVI.

Si es lícito que un buen hombre mienta alguna vez por la salvación de otro. Sin embargo, cuando realizó esa buena obra, digna de alabanza según su condición de vida, a los exploradores israelitas, aún no era tal que se le exigiera, "Sea vuestro hablar: Sí, sí; No, no" (Mateo 5, 37). Las parteras hebreas, aunque hebreas, si pensaron solo según la carne, ¿qué o cuánto les aprovechó la recompensa temporal, porque se hicieron casas, si no progresaron hacia aquella casa de la que se canta a Dios, "Bienaventurados los que habitan en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán" (Salmo 83, 5)? Sin embargo, es necesario admitir que se acercaron mucho a la justicia, y aunque aún no en realidad, ya en esperanza y disposición, es digno de alabanza el ánimo que nunca miente sino con la intención de beneficiar a alguien, sin dañar a nadie. Pero cuando preguntamos si es lícito que un buen hombre mienta alguna vez, no preguntamos sobre un hombre que aún pertenece a Egipto, o a Jericó, o a Babilonia, o incluso a la misma Jerusalén terrenal, que sirve con sus hijos; sino sobre un ciudadano de aquella ciudad que está arriba, libre, nuestra madre eterna en los cielos (Gálatas 4, 25-26). Y se nos responde: "Toda mentira no es de la verdad". Los hijos de esa ciudad son ciertamente hijos de la verdad. Son hijos de esa ciudad de quienes está escrito: "En su boca no se halló mentira" (Apocalipsis 14, 5); es hijo de esa ciudad de quien también está escrito: "El que recibe la palabra se alejará de la perdición; el que la acoge, nada falso saldrá de su boca" (Proverbios 29, 27). Estos hijos de la Jerusalén celestial y de la santa ciudad eterna, si alguna vez como hombres se les escapa alguna mentira, piden humildemente perdón, no buscan gloria de ello.

CAPÍTULO XVII.

34. Las parteras hebreas y Raab, ¿habrían hecho mejor al no querer mentir? Regla a la que deben reducirse los ejemplos de mentir extraídos de las Escrituras. Pero alguien dirá: ¿Acaso aquellas parteras y Raab habrían hecho mejor si no hubieran mostrado misericordia, al no querer mentir? En verdad, aquellas mujeres hebreas, si fueran como aquellas de quienes preguntamos si es lícito mentirlas alguna vez, no dirían nada falso y rechazarían libremente los viles servicios de matar a los niños. Pero, dirás, ellas morirían. Observa lo que sigue. Morirían con una recompensa celestial incomparablemente mayor que aquellas casas que se hicieron en la tierra: morirían para una felicidad eterna, habiendo sufrido la muerte por la verdad más inocente. ¿Y qué hay de aquella en Jericó? ¿Podría haber hecho esto? ¿No habría, al no engañar a los ciudadanos que preguntaban, traicionado a los huéspedes ocultos al decir la verdad? ¿O podría haber dicho a los que preguntaban: "Sé dónde están; pero temo a Dios, no los traiciono"? Podría haber dicho esto, si ya fuera una verdadera israelita en la que no había engaño (Juan 1, 47): lo que sería en el futuro por la misericordia de Dios al pasar a la ciudad de Dios. Pero, dirás, al oír esto, la habrían matado y habrían registrado la casa. Pero, ¿acaso era seguro que encontrarían a aquellos que había ocultado diligentemente, incluso si no hubieran creído en su mentira? Pues la mujer, muy cauta, los había puesto donde podrían haber permanecido ocultos, incluso si no se hubiera creído en su mentira. Así, si hubiera sido asesinada por sus conciudadanos por su obra de misericordia, habría terminado esta vida con una muerte preciosa a los ojos del Señor (Salmo 115, 15), y su beneficio hacia ellos no habría sido en vano. Pero, dirás, ¿qué si aquellos que los buscaban hubieran llegado al lugar donde los había ocultado, registrando todo? De este modo se puede decir: ¿Qué si a una mujer vilísima y deshonesto no le hubieran creído, no solo mintiendo, sino también perjurando? Sin duda, incluso así habría conseguido lo que temiendo mintió. ¿Y dónde ponemos la voluntad y el poder de Dios? ¿Acaso no podía, tanto a ella, mintiendo a sus conciudadanos y no traicionando a los hombres de Dios, como a ellos, protegerlos de todo peligro? Pues quien los protegió después de la mentira de la mujer, también podría haberlos protegido si ella no hubiera mentido. A menos que hayamos olvidado que esto ocurrió en Sodoma, donde los

hombres, encendidos con nefanda lujuria hacia otros hombres, no pudieron encontrar la puerta de la casa donde estaban aquellos que buscaban; cuando el hombre justo, en una causa muy similar, no quiso mentir por sus huéspedes, a quienes no sabía que eran ángeles, y temía que sufrieran una violencia peor que la muerte. Y ciertamente podría haber respondido a los que preguntaban cosas similares a las que respondió aquella mujer en Jericó. Pues de manera muy similar, ellos preguntaron interrogando. Pero el hombre justo no quiso manchar su alma con su mentira por los cuerpos de sus huéspedes, por los cuales quiso que los cuerpos de sus hijas sufrieran la violencia de la iniquidad de la lujuria ajena (Génesis 19, 5-11). Por lo tanto, que el hombre haga lo que pueda por la salvación temporal de los hombres: pero cuando se llegue a este punto, que no pueda atender a tal salvación sin pecar, ya considere que no tiene nada que hacer, cuando vea que lo que queda no puede hacerse rectamente. Por lo tanto, Raab en Jericó, porque recibió a los hombres de Dios extranjeros en su casa, porque se puso en peligro al recibirlos, porque creyó en su Dios, porque los ocultó diligentemente donde pudo, porque les dio un consejo fidelísimo para regresar por otro camino, sea alabada como ejemplo para los ciudadanos de la Jerusalén celestial. Pero lo que mintió, aunque se interprete inteligentemente como algo profético, no se propone sabiamente como algo a imitar: aunque Dios honró memorablemente esos bienes, perdonó clementemente ese mal.

35. Dado que esto es así, y porque es demasiado largo tratar todo lo que en el Libro de Dictinius se presenta como ejemplos a imitar de mentir, me parece que no solo estos, sino también si hay otros tales, deben reducirse a esta regla: que lo que se cree que es, se muestre que no es mentira; ya sea donde se calla la verdad y no se dice falsedad; ya sea donde una significación veraz quiere que se entienda otra cosa, género de figuras de palabras o hechos que abundan en las Escrituras proféticas; o que lo que se demuestra ser mentira, se muestre que no debe ser imitado, y si nos sorprenden como otros pecados, no se les debe atribuir justicia, sino pedir perdón. Esto es lo que me parece; y a esta sentencia me llevan las disputas anteriores.

CAPÍTULO XVIII.

36. Si se debe mentir para ocultar a un enfermo lo que le traería la muerte. No temer que la verdad sea llamada homicida. Permitido el mentir en el caso propuesto, cuán difícil es fijar límites a las mentiras para que no crezcan hasta el perjurio y la blasfemia. Agudo contra los maestros del mentir. Pero porque somos humanos, y vivimos entre humanos, confieso que aún no estoy en el número de aquellos a quienes no turban los pecados compensativos; a menudo en los asuntos humanos me vence el sentido humano, y no puedo resistir cuando se me dice: He aquí que un enfermo grave está en peligro, cuyas fuerzas ya no pueden soportar si se le anuncia que su único y queridísimo hijo ha muerto; te pregunta si vive, y tú sabes que ha muerto; ¿qué responderás, cuando cualquier cosa que digas será una de tres: o, Ha muerto; o, Vive; o, No sé; y él no creerá nada más que ha muerto, lo que entiende que temes decir y no quieres mentir? Tanto vale, incluso si callas de todas las maneras. De esas tres, dos son falsas, Vive; y, No sé; y no puedes decir las sin mentir. Pero si dices la verdad, es decir, que ha muerto, y la muerte del hombre perturbado sigue, se te acusará de haberlo matado. ¿Y quién soportará a los hombres exagerando cuánto mal es evitar una mentira saludable, y amar la verdad homicida? Me conmueven estos dilemas vehementemente, pero es de extrañar si también sabiamente. Pues cuando propongo ante los ojos de mi corazón la belleza inteligible de aquel de cuya boca no procede falsedad; aunque donde la verdad resplandece más y más clara, allí mi debilidad se ve deslumbrada: sin embargo, así me enciende el amor de tanta belleza, que desprecio todas las cosas humanas que me apartan de ella. Pero es mucho que este afecto persevere tanto, para que no falte en la tentación el efecto. Ni me conmueve, contemplando el bien luminoso en el que no hay sombras de mentira, que a nosotros, que no

queremos mentir, y a los hombres que mueren al oír la verdad, se nos llame homicida la verdad. ¿Acaso si una impúdica solicita un estupro, y tú no consientes, y perturbada por un amor cruel muere, será homicida la castidad? ¿O porque leemos, "Somos buen olor de Cristo en todo lugar, tanto en los que se salvan como en los que perecen; a unos ciertamente olor de vida para vida, a otros olor de muerte para muerte"; también llamaremos homicida al olor de Cristo? Pero porque somos humanos, y en tales cuestiones y contradicciones a menudo nos vence o fatiga el sentido humano, por eso él añadió inmediatamente, "¿Y para estas cosas quién es suficiente?" (II Corintios 2, 15-16).

37. A esto se añade, donde es más lamentable llorar, que si concedemos que por la salud de ese enfermo se debe mentir sobre la vida de su hijo, así poco a poco y gradualmente crece este mal, y con breves adiciones se lleva insensiblemente a un cúmulo tan grande de mentiras criminales, que nunca se puede encontrar un límite donde se pueda detener tal peste que crece inmensamente por pequeñas adiciones. Por eso está escrito con gran previsión: "El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá" (Eclesiástico 19, 1). ¿Qué, que los amantes de esta vida, de tal manera que no dudan en anteponerla a la verdad, para que el hombre no muera, o más bien para que el hombre que alguna vez morirá muera un poco más tarde, no solo quieren que mintamos, sino también que perjuremos; para que, no sea que la vana salud del hombre pase un poco más rápido, tomemos el nombre del Señor nuestro Dios en vano? Y hay entre ellos doctos, que incluso fijan reglas y establecen límites, cuándo se debe, cuándo no se debe perjurar. Oh, ¿dónde estáis, fuentes de lágrimas? ¿Y qué haremos? ¿A dónde iremos? ¿Dónde nos ocultaremos de la ira de la verdad, si no solo descuidamos evitar las mentiras, sino que además nos atrevemos a enseñar perjuros? Que los defensores y promotores de la mentira vean qué tipo o qué tipos de mentir les agrada justificar: al menos en el culto a Dios concedan que no se debe mentir; al menos absténganse de perjuros y blasfemias; al menos donde se interpone el nombre de Dios, donde Dios es testigo, donde se promete o se trata sobre la religión divina, que nadie mienta, que nadie alabe, que nadie enseñe y prescriba, que nadie diga que es justo mentir: de los demás géneros de mentiras, elija para sí el que considere el más benigno e inocente género de mentir, a quien le place mentir. Esto sé, que incluso quien enseña que es necesario mentir, quiere parecer que enseña la verdad. Pues si lo que enseña es falso, ¿quién querría estudiar una doctrina falsa, donde tanto el que enseña engaña, como el que aprende es engañado? Pero si para encontrar un discípulo, afirma enseñar la verdad, cuando enseña que se debe mentir; ¿cómo será ese mendacio de la verdad, cuando el apóstol Juan dice, "Toda mentira no es de la verdad" (1 Juan 2, 21)? No es, por tanto, verdad que alguna vez se deba mentir: y lo que no es verdad, no debe ser en absoluto aconsejado.

CAPÍTULO XIX.

38. Que para socorrer al que está en peligro no se debe cometer estupro, así tampoco se debe hablar mentira. Si de algún modo se permiten las mentiras, se debe temer que progresen hasta el perjurio y la blasfemia. Cómo difieren el perjurio y la blasfemia. Pero la debilidad actúa sus partes y proclama tener una causa invencible con las multitudes que la favorecen. Donde contradice, y dice: ¿Cómo se socorre a los hombres en peligro, si no nos inclina el afecto humano a mentir? Si la multitud de la mortalidad, la multitud de la debilidad, me escucha pacientemente, responderé algo en defensa de la verdad. Ciertamente, la castidad piadosa, verdadera, santa, no es sino de la verdad: y cualquiera que actúe contra ella, ciertamente actúa contra la verdad. ¿Por qué, entonces, si no puedo socorrer de otro modo a los que están en peligro, no cometo estupro, que es contrario a la verdad porque es contrario a la castidad; y para socorrer a los que están en peligro, hablo mentira, que es abiertamente contraria a la verdad? ¿Qué nos ha merecido tanto la castidad, y ha ofendido la verdad? cuando toda

castidad es de la verdad, y la verdad es castidad no del cuerpo, sino de la mente, y en la mente habita también la castidad del cuerpo. Finalmente, lo que dije antes y repito, quienquiera que me contradiga para persuadir y defender alguna mentira, ¿qué dice, si no dice la verdad? Pero si por eso debe ser escuchado porque dice la verdad, ¿cómo quiere hacerme mentiroso diciendo la verdad? ¿Cómo toma la mentira como su defensora la verdad? ¿O vence a su adversario para ser vencido por sí mismo? ¿Quién soportará esta absurda contradicción? Por lo tanto, de ningún modo diremos que aquellos que afirman que alguna vez se debe mentir, al afirmar eso son veraces; no sea que, lo cual es absurdísimo y estupidísimo creer, la verdad nos enseñe a ser mentirosos. Pues, ¿cómo es que nadie aprende a cometer adulterio de la castidad, nadie aprende a ofender a Dios de la piedad, nadie aprende a dañar a alguien de la bondad, y aprendemos a mentir de la verdad? Pero si esto no lo enseña la verdad, no es verdad: si no es verdad, no debe ser aprendido: si no debe ser aprendido, nunca se debe, por tanto, mentir.

39. Pero es de los perfectos, dice alguien, el alimento sólido (Hebreos 5, 14). Pues muchas cosas se relajan según el permiso a la debilidad, aunque no agraden en absoluto a la verdad más sincera. Que diga esto quien no teme las consecuencias que deben temerse, si de algún modo se permiten algunas mentiras. Sin embargo, de ningún modo deben permitirse ascender tanto, que lleguen al perjurio y la blasfemia: ni debe ofrecerse ninguna causa en absoluto por la cual se deba jurar por Dios, o lo que es más execrable, por la cual se deba blasfemar a Dios. Pues no porque se blasfeme mediante una mentira, por eso no se blasfema. De este modo se puede decir que no se perjura, porque se perjura mediante una mentira. ¿Quién puede ser perjurio mediante la verdad? Así también mediante la verdad nadie puede ser blasfemo. Ciertamente, jura falsamente quien no sabe que es falso lo que jura, y cree que es verdadero: como Saulo blasfemó más excusablemente, porque lo hizo ignorando (1 Timoteo 1, 13). Por eso es peor blasfemar que perjurarse, porque al perjurarse se toma a Dios como testigo de una cosa falsa, pero al blasfemar se dicen cosas falsas de Dios mismo. Y tanto más inexcusable es cualquiera, ya sea perjurio o blasfemo, cuanto más saben o creen que son falsas las cosas que afirman perjurando o blasfemando. Por tanto, quien dice que por la salud temporal o vida de un hombre en peligro se debe mentir, se desvía mucho del camino de la salvación y vida eterna, si dice que en esa causa también se debe jurar por Dios, o lo que es más execrable, blasfemar a Dios.

CAPÍTULO XX.

40. ¿Es lícito mentir al menos por la salvación eterna del hombre? En el peligro de la salvación eterna, así como no se debe socorrer al hombre mediante el adulterio, tampoco se debe hacer a través de la mentira, que es verdaderamente un pecado. Sin embargo, a veces se nos presenta el peligro de la misma salvación eterna, que se clama debe ser evitado con nuestra mentira, si no hay otra manera: como si alguien que va a ser bautizado estuviera bajo el poder de impíos e infieles, a quien no se pudiera llegar para que sea lavado en el baño de la regeneración, a menos que se engañe a los guardianes mintiendo. De este clamor tan odioso, que nos obliga a mentir no por las riquezas o los honores de este mundo pasajero, no por la misma vida de este tiempo, sino por la salvación eterna del hombre, ¿a dónde huiré, sino a ti, Verdad? Y de ti se me propone la castidad. Pues, ¿por qué si estos guardianes pueden ser seducidos con adulterio para que nos permitan bautizar al hombre, no hacemos lo contrario a la castidad, y si pueden ser engañados con mentira, hacemos lo contrario a la verdad? Ya que sin duda alguna, la castidad no sería amada fielmente si no la ordenara la verdad. Por lo tanto, para llegar al hombre que va a ser bautizado, que los guardianes sean engañados mintiendo, si esto lo ordena la verdad. Pero, ¿cómo ordenará la verdad que se mienta para que el hombre

sea bautizado, si no ordena la castidad que se cometa adulterio para que el hombre sea bautizado? ¿Y por qué no lo ordena la castidad, sino porque la verdad no lo enseña? Si, por lo tanto, no debemos hacer nada que la verdad no enseñe; ya que la verdad enseña que no se debe hacer lo que es contrario a la castidad por el bautismo de un hombre, ¿cómo nos enseñará a hacer lo que es contrario a la verdad por el bautismo de un hombre? Pero así como los ojos, poco firmes para mirar al sol, sin embargo, contemplan con gusto las cosas iluminadas por el sol; así las almas ya capaces de deleitarse con la belleza de la castidad, no pueden inmediatamente por sí mismas considerar la verdad de donde brilla la castidad, de modo que cuando se trata de hacer algo que es contrario a la verdad, lo rehúyan y detesten, como rehúyen y detestan si se propone hacer algo que es contrario a la castidad. Pero aquel hijo que recibe la palabra estará lejos de la perdición, y nada falso saldrá de su boca (Prov. XXIX, 27), considera tan cerrado para sí mismo pasar por la mentira para socorrer al hombre, como si se viera obligado a pasar por el adulterio. Y el Padre escucha al que ora, para que pueda socorrer sin mentira a quien el mismo Padre, cuyos juicios son inescrutables, quiere socorrer. Tal hijo, por lo tanto, observa la mentira como el pecado. Pues a veces el nombre de mentira se pone en lugar del nombre de pecado: de donde viene aquello de, Todo hombre es mentiroso (Sal. CXV, 11). Así se dijo, como si se dijera, Todo hombre pecador. Y aquello: Pero si la verdad de Dios ha abundado en mi mentira (Rom. III, 7). Y por lo tanto, cuando miente como hombre, peca como hombre, y será retenido por esa sentencia que dice, Todo hombre es mentiroso; y, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Pero cuando nada falso sale de su boca, según esa gracia será de la que se dice: El que ha nacido de Dios, no peca (Id. III, 9). Pues si esta natividad fuera la única en nosotros, nadie pecaría: y cuando sea la única, nadie pecará. Ahora, sin embargo, todavía llevamos lo que nacimos corruptibles: aunque según lo que hemos renacido, si caminamos bien, nos renovamos día a día interiormente (II Cor. IV, 16). Pero cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, la vida absorberá todo, y no quedará ningún aguijón de muerte. Pero el aguijón de la muerte es el pecado (I Cor. XV, 53-56).

CAPÍTULO XXI.

41. Epílogo. Por lo tanto, las mentiras deben ser evitadas actuando correctamente, o confesadas arrepintiéndose: pero no deben ser aumentadas enseñando mientras abundan viviendo infeliz. Pero que elija, quien lo cree, de dónde socorrer al hombre en peligro con cualquier mentira para cualquier salvación; sin embargo, que obtengamos entre tales que ninguna causa nos debe llevar a perjurar y blasfemar. Al menos juzguemos estos crímenes como mayores que los adulterios o ciertamente no menores. Pues hay que considerar que muy a menudo los hombres, sospechando del adulterio, provocan a sus esposas a jurar: lo cual no harían, si no creyeran que incluso aquellas que no temieron cometer adulterio, pueden temer el perjurio. Porque en verdad, algunas impúdicas que no temieron engañar a sus maridos con concubinato ilícito, temieron invocar falsamente a Dios como testigo ante los mismos maridos a quienes engañaron. ¿Qué razón hay, entonces, para que un hombre casto y religioso no quiera socorrer con adulterio al hombre que va a ser bautizado, y quiera hacerlo con perjurio, lo que incluso los adúlteros suelen temer? Pero si es un sacrilegio hacer esto perjurando, ¿cuánto más blasfemando? Por lo tanto, que un cristiano no niegue ni blasfeme a Cristo para poder hacer a otro cristiano; y buscando perecer, encuentre a quien, si enseña tales cosas, perderá encontrado. Así, por lo tanto, debes refutar y destruir el libro llamado *Libra*, de modo que primero sepas que debe ser amputado ese capítulo en el que dogmatizan que se debe mentir por causa de ocultar la religión; de modo que demuestres que esos testimonios con los que intentan usar los santos Libros como patronos de sus mentiras, en

parte no son mentiras, y en parte incluso las que son, no deben ser imitadas: y si la debilidad se atribuye tanto a sí misma, que se le permite algo venialmente que la verdad desapruueba; sin embargo, que sostengas y defiendas firmemente que en la religión divina nunca se debe mentir en absoluto: que no se debe buscar a los ocultos como tampoco a los adúlteros por adulterios, ni a los homicidas por homicidios, ni a los malhechores por maleficios; así tampoco a los mentirosos por mentiras, ni a los blasfemos por blasfemias; según lo que hemos discutido tanto en este volumen, que apenas llegamos a su término, que fijamos en este lugar.